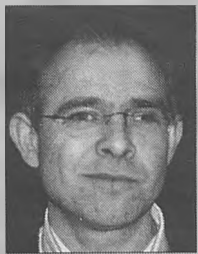


LA VENTANA Cospedal ya no se esconde

Francisco López (*)

No tengo intención de decir lo que dicen las madres, "Ya te lo decía yo", pero el tiempo está demostrando que a la Sra. Presidenta del Partido Popular de Castilla-La Mancha nunca le ha interesado esta región, que sólo ha sido para ella una plataforma política.



Hasta su nombramiento como secretaria general del Partido Popular, María Dolores Cospedal ha tenido que mantener las apariencias, pero ahora no tiene que fingir y no se esconde.

Por eso, el miércoles 2 de julio acudió al Congreso de los Diputados para escuchar al presidente nacional de su partido, a Mariano Rajoy. Eso sí, en la última sesión del Pleno de las Cortes regionales estuvo diez minutos y se marchó.

Esa forma de actuar lo dice todo de la Sra. Cospedal. Su carrera política está en Madrid y Castilla-La Mancha ha sido sólo la lanzadera para llegar donde quería: a la calle Génova.

Lógicamente, ella, como cualquier persona, tiene absoluta libertad para hacer lo que quiera con su vida y con su profesión, pero es injusto que intente hacer creer a los castellano-manchegos que le preocupan los intereses de esta tierra, que quiere trabajar por nosotros, cuando sólo hay que encender la televisión para ver que la presidenta regional del PP está en todas partes menos en Castilla-La Mancha.

A la Sra. Cospedal nunca ha trabajado seriamente por Castilla-La Mancha. Únicamente la hemos visto pasear por alguna fiesta local, actuando como una absoluta desconocida, no como una persona cercana e interesada por el día a día de los vecinos. Sin embargo, a partir de ahora, ni eso.

En cambio, el compromiso del presidente José María Barreda con los castellano-manchegos es absoluto. Él ha rechazado un ofrecimiento de José Luis Rodríguez Zapatero para poder seguir dedicándose a Castilla-La Mancha, haciendo kilómetros y kilómetros por nuestra región para conocer y dar respuesta a las necesidades de los ciudadanos. Esa es la diferencia entre ambos: Uno aspira a dedicarse en cuerpo y alma a su región y la otra está dispuesta a ir donde sea con tal de hacerse un "hueco" en su partido.

Pues ya lo tiene.

(*) Diputado Regional del PSOE por la provincia de Cuenca.

Modorra y hambre

NEMESIO DELARA GUERRERO(*)

Dice la FAO que hay 854 millones de personas hambrientas y desnutridas en el mundo. Es una cifra que se olvida pronto. Memorizamos mejor el número exacto de euros que nos tienen que devolver tras nuestra declaración de IRPF, o el día y la hora en que estamos citados para una consulta médica. El cerebro es muy selectivo.

También dice la FAO que entre marzo de 2007 y marzo de 2008 el precio del maíz ha subido un 31%, el del arroz un 74%, el de la soja un 87% y el del trigo un 130%. Es decir, que antes moría mucha gente por falta de alimentos, pero ahora morirán muchos más que, mal que bien, compraban cereales para subsistir, pero que ya no podrán hacerlo porque las multinacionales los han encarecido por lo del negocio de los biocombustibles. Jean Ziegler, de la ONU, califica esto de la subida de precios como "un silencioso asesinato en masa". El cerebro que, además de selectivo, suele ser más lineal y descomplejante de lo que imaginamos, atribuirá al ineluctable mercado del petróleo la aparición de estas alternativas no fósiles, y aquí paz y después gloria.

Pero la gente se sigue muriendo de hambre. Y en el mundo desarrollado casi nadie mueve un pelo para evitarlo. El último informe de la OCDE denuncia que en 2007 los países ricos aportaron el 0,31% del PIB a Cooperación Internacional al Desarrollo, un 4,5% menos que en 2006. Los Objetivos del Milenio y la mágica cifra del 0,7 se han esfumado sin que casi nadie nos hayamos dado cuenta.

¿Estaremos llegando al final de una era tras la que la falta de compasión será algo tan generalizado que el hombre ya no será un lobo para el hombre, sino una máquina indiferente y abotargada para el hombre?

Las guerras por causas territoriales, étnicas, religiosas, ideológicas han atravesado en cualquier época histórica a parte o al conjunto de la humanidad. Ahí, aquí, ahora está la de Irak, con más de seiscientos mil muertos a sus espaldas, como homenaje vivo y cruel a la injusticia más flagrante y despiadada. El estigma del odio colectivo y cainita está impreso en la causa de todas las guerras. Pero por sus efectos, el tra-

sunto de la guerra en este tiempo, acaso nuevo, no sea otro que el de una hipnosis generalizada, un amodorramiento contagioso ante el sufrimiento de la otra mitad del planeta. Podríamos estar ante una forma de "panglossianismo", ante un optimismo carente de fundamento que se ve escuetamente alterado por un grupo artificial de elementos perturbadores de nuestro bienestar que nos sirven para mantener el equilibrio emocional. Ni el sentimiento de vergüenza, que, según Sartre, es el sentimiento más revolucionario, forma ya parte de nuestras vidas. El horizonte no puede ser más sordamente aterrador.

En realidad, ¿qué nos importa más? Y entiendo "importar", sin florituras retóricas, como lo que nos preocupa y nos ocupa más. ¿El que 3.900 niños mueran al día por no disponer de agua potable, o las notas de fin de curso de nuestro rollizo hijo? ¿El que en las chabolas de Cité Soleil (Haiti) esté prosperando la industria de las "galletas de barro", hechas con margarina, sal y arcilla porque la gente se las come, ya que no puede comprar nada mejor, o el resultado del partido de nuestro equipo favorito? ¿Nos deja más huella la noticia de que ya hayamos muerto 200.000 personas en Darfur y dos millones y medio se hayan convertido en refugiados o desplazados debido al hambre y la guerra desde que en 2003 comenzó el conflicto, o el traspás del Rey cuando bajaba de un estrado? ¿Nos centramos en profundizar en el reportaje del canal de televisión "Odisea" sobre el hecho de que 10 millones de niños mueran antes de cumplir los cinco años por causas evitables, o zapeamos hasta la votación del festival de Eurovisión para ver cómo queda Chikilicuatre?

Se puede interpretar lo que acabo de decir como una caricaturización reduccionista de la realidad y que, a la vista de lo visto, podríamos acabar en una esquizofrenia flageladora bajo las que todos nos consideraríamos reos de culpa de los males de los demás. Pero no es así. Supongo que no está escrito en ningún sitio que nuestra misión sea la de formar parte de un predestinado valle de lágrimas. No. Sólo pretendo reflexionar sobre valores y actitudes, despertarme de este sueño que nos hace reaccionar con energía

ante cualquier muerte violenta, mientras nos sostiene insensibles ante miles, millones de homicidios cometidos con las armas del "no pan", del "no agua".

Porque nunca es tarde para cambiar, para organizarnos en torno a personas e iniciativas que aún no han perdido la esperanza en un mundo mejor. Que no les avergüenza significarse por la causa de los desprotegidos, aún a riesgo de que los califiquen de "idealistas trasnochados", de "gilipollas que no están en la onda de la pelao de la moda" o de "pasotas que no entienden los efectos inmediatos de la crisis inmobiliaria". Que siguen creyendo que empeñarse activamente por la igualdad de todos los seres humanos no es un eufemismo abstracto, sino un compromiso ineludible. Que sacrifican vidas, algunas veces, y haciendas, las más, por arrancar de las fauces de la muerte a los más inocentes, a los más miserables. Que entienden con todo el corazón que sólo el amor y la fraternidad nos pueden salvar de esta paramera neblinosa en la que ya no acertamos a ver más allá de nuestro bolsillo, y de algún amuleto que nos hace sentirnos trascendentes...

Creo, además, que aumentar las dosis de nuestra anestesia en el principio de que por nosotros mismos nada es solucionable porque dictados superiores, en los que siempre incluimos, sin falta de razón, a las estructuras políticas internacionales, favorecen estas situaciones de penuria extrema, resulta cobarde y hasta pecaminoso. Coincido con Teresa de Calcuta en que "a veces sentimos que lo que hacemos es tan sólo una gota en el mar, pero el mar sería menos si faltara una gota".

Dentro de un año la FAO nos presentará un Informe acaso más desconcertante. Algunos se mantendrán luchando casi en solitario. Otros escribiremos un artículo desde nuestra confortable y descomprometida habitación. Otros estarán investigando sobre cómo convertir los huesos de los niños muertos de hambre o de sed en combustible no contaminante. Otros, según el lugar, continuarán arrogándose a su Dios como el verdadero para salvarse en Él a pesar de todo. Otros seguirán durmiendo apaciblemente.

LA VERBENA

RAFAEL TOLEDO DÍAZ

Hasta hace muy poco tiempo nos decían que esta iba a ser la sociedad del ocio. El desarrollo de las nuevas tecnologías propiciaba calidad de vida, las máquinas serían las encargadas de realizar gran parte del trabajo. Además de esto, ha sucedido que algunos sectores industriales de los países desarrollados, han dejado de ser estratégicos o rentables. Durante algunos años, las prejubilaciones en algunas grandes empresas han estado diseñadas a la carta, y un gran colectivo de trabajadores se han acogido a esta posibilidad. Otros sectores sin embargo para realizar trabajos poco cualificados, han demandado mano de obra barata. La agricultura en todas sus formas y sobre todo en épocas de recolección, se sustenta principalmente de inmigrantes. Es decir, por un lado crece en exceso una clase pasiva antes del periodo razonable de su jubilación, y de otra se aumenta la población activa que no es originaria del país.

Ha bastado que asome los dientes la crisis económica, para ir de sopetón a lo que vulgarmente y sin eufemismos llamamos "las vacas flacas". Sin previo aviso nos encontramos que sobran inmigrantes, y ya se elaboran planes para intentar reintegrarlos a sus países de origen. También estos días nos hemos sobresaltado con la propuesta del Unión Europea, de imponer la jornada semanal máxima de sesenta y cinco horas.

Y uno se pregunta: ¿dónde quedan las políticas sociales? ¿Qué vamos a hacer con el cacareado tema de la conciliación? Es evidente que con jornadas tan excesivas resultará muy difícil su aplicación.

Ante tanta contradicción, nos parece que los gobiernos y los políticos gobiernan a golpe de flash, a golpe de ocurrencia, sin capacidad de previsión y presionados por los avatares de la economía, las multinacionales y el precio del petróleo. Enseguida crece el desasosiego y se lanzan mensajes preocupantes a la sociedad, las medidas que se proponen y se adoptan siempre afectan a los más débiles. Las pensiones y las políticas sociales,

Políticas sociales (II)

reiteradamente ven recortados sus presupuestos ante la instalada crisis.

Las políticas encargadas de fijar población también son políticas sociales, medidas y actuaciones, casi siempre difuminadas en eso que los entendidos llaman ahora políticas transversales, es decir, que su desarrollo pertenece a diferentes administraciones y múltiples departamentos dentro de las mismas. Todo ello da pie a que, ante la dificultad para desarrollar estas políticas, si algo no sale bien, la pelota sea devuelta de un tejado a otro de los diferentes estamentos encargados de desarrollarlas.

Fijar población ahora, significa que las nuevas generaciones no tengan la imperiosa necesidad de emigrar, para ello es necesario que se desarrollen las infraestructuras necesarias para que esto no suceda. Tener un empleo, buenas carreteras, ambulatorios, hospitales, universidades cercanas y el fácil acceso a la educación y la cultura, también al ocio. Para fijar población se debe desarrollar el ingenio, acometer planes sobre la industria agroalimentaria, desarrollar el turismo rural, cuidar el rico patrimonio histórico, utilizar a la población autóctona para cuidar el medio ambiente, limpiar el monte o gestionar con eficiencia los cotos de caza, nuevas tecnologías en el medio rural, el ejemplo evidente es la energía limpia y alternativa de las huertas solares o los parque eólicos.

Se deben minimizar al máximo los flujos migratorios de las zonas rurales a las ciudades, procurando un mayor equilibrio en el porcentaje de ocupación del territorio, evitando el despoblamiento de pueblos y ciudades. Es cierto que en nuestra región, con una viable orografía resulta fácil acometer determinados planes, también con el empeño de vecinos y gobernantes para crear riqueza allí donde uno reside, cambiar el chip ilógico y antinatural impuesto por los "modernos" que opinan y creen que el campo depende de la ciudad. Algún iluminado dijo: "El campo solo sirve para asfaltarlo".